

El libro abierto: en Nazaret y en el cielo

Lucas 4:14-22 (véase Isaías 61:1-2); Apocalipsis
5:1 al 6:8

William John HOCKING

biblicom.org

Índice

1 - Profecías cumplidas en la apertura de los libros	3
2 - En Nazaret	4
2.1 - La profecía de Isaías cumplida	4
2.2 - La lectura de la profecía que lo concernía	5
2.3 - Cierre del libro	6
2.4 - Los límites del día de gracia	7
3 - ¿En quién podemos confiar para gobernar?	7
4 - En el Apocalipsis	8
4.1 - La primera venida de Cristo para la Iglesia	8
4.2 - El trono y el arco iris	9
4.3 - El rollo sellado	10
4.4 - El León de Judá	10
4.5 - El Cordero inmolado	11
4.6 - Las multitudes que adoran	12
4.7 - El Cordero abre los sellos, pero no aparece en la tierra	13
5 - El Alfa y la Omega	13

1 - Profecías cumplidas en la apertura de los libros

Leo estos pasajes porque presentan a nuestro Señor Jesucristo de dos maneras distintas y contrastadas. En el Evangelio según Lucas, lo vemos abriendo el libro, leyendo de él y declarando a su audiencia el cumplimiento de la profecía leída. En el Apocalipsis, le vemos de nuevo presentarse y abrir el libro, y a continuación los juicios de Dios. En ambos casos, se trata de la misma Persona llena de gracia, pero ejerciendo 2 funciones totalmente distintas.

En el primer caso, el Señor inaugura el día de la gracia; en el segundo, el día del juicio. El acontecimiento pasado y el acontecimiento futuro son igualmente verdaderos, y ambos son igualmente parte del trato de Dios con la humanidad en la tierra.

Debemos recordar que es la misma persona bendita y adorable la que lleva a cabo tanto las bendiciones presentes de la gracia como las acciones futuras de Dios en el justo juicio. Jesús el Salvador, el Señor que conocemos y a quien servimos, es también el agente designado de la justicia de Dios. Es interesante que, en lo que hemos leído, estos 2 grandes temas estén vinculados a la apertura de los libros. El libro implica que los asuntos escritos en él han sido resueltos de antemano. Los libros de Dios tratan en gran parte del futuro, y en este aspecto difieren de los libros humanos. El hombre escribe el pasado, la historia. Solo Dios puede escribir el futuro, la profecía. Por lo tanto, es privilegio de los hijos de Dios conocer ciertos acontecimientos futuros, pero la forma en que se presentan los libros que acabamos de leer nos muestra que solo hay un ser capaz de interpretarlos correctamente, y solo un ser capaz de administrar los planes divinos establecidos en el libro de los designios de Dios.

La profecía de Isaías, escrita por ese profeta evangélico de Judá y Jerusalén al que todos amamos, aunque seamos gentiles, está llena de Cristo en gracia y gloria. Sin embargo, incluso su profecía quedó sellada hasta que llegó el día señalado y el propio Mesías apareció en Nazaret para declarar que la Escritura se había cumplido aquel día en sus oídos. «El testimonio de Jesús es el Espíritu de la profecía» (Apoc. 19:10). El intérprete debe ser divino. Aunque las Escrituras nos han sido dadas como un precioso don de Dios, necesitamos, sin embargo, la ayuda, el poder y la iluminación del Espíritu Santo de Dios para comprenderlas, y él no niega su ayuda a ninguna alma diligente y dependiente.

2 - En Nazaret

2.1 - La profecía de Isaías cumplida

La ocasión en que nuestro Señor habló en aquella sinagoga de Galilea era muy importante por esta razón. Las comunicaciones de Dios habían cesado hacía mucho tiempo. Desde los tiempos de Malaquías no había salido de él ninguna voz profética. Este mundo estaba abandonado a su suerte, por así decirlo, sin ninguna comunicación desde arriba. Dios estuvo en silencio durante 4 siglos y medio, que es mucho tiempo. Retrocedamos 500 años en nuestra propia historia. ¡Cuánto tiempo hace de eso, y qué tiempo de oscuridad! Hace 500 años, la gente no tenía biblias para leer. En la historia judía, pasó un período de tiempo similar sin ninguna voz del cielo. Todas las profecías sobre Israel se habían cumplido. Dios no tenía nada más que decir a su pueblo hasta la aparición de Juan el Bautista, la voz que clamaba en el desierto y anunciaba la venida del Mesías.

Entonces apareció el Bendito en persona, y se presentó ante los hombres de esa manera tranquila y sin ostentación que es tan característica de él en los días de su carne. ¡Qué prodigiosa era su misión! Vino a hablar en nombre de Dios. Vino a presentarse en este mundo como el portavoz de Dios. Vino a hacer el anuncio que traería la vida eterna a millones de almas preciosas. Vino a difundir el amor de Dios en este mundo oscuro y malvado. Él iba a ahuyentar las tinieblas y soltar las cadenas que mantienen a los hombres en la esclavitud del pecado. Ahora venía tranquilamente al oscuro lugar donde había crecido, en Nazaret. Allí había vivido muchos años y era conocido como el hijo de José, el carpintero. Entró en la sinagoga, como era su costumbre, tomó el libro de las Escrituras del líder de la sinagoga y se puso de pie para leer.

Queridos amigos, no omitamos, de paso, la lección práctica. Porque siempre debemos buscar la lección que se recoge cuando nuestras bocas intentan hablar de la gracia y la gloria del Señor Jesucristo. Aquí notamos su actitud humilde. Debemos aprender a imitar esta humildad. La mansedumbre es tan importante cuando un hombre está haciendo la voluntad de Dios, porque cuando está haciendo Su propósito, no necesita mostrarse. A esta bendita Persona le bastó haber venido a decir las palabras de Dios, y así se levantó a leer en la sinagoga de Nazaret. Y así el libro fue abierto por él, no en Jerusalén, sino en la pequeña ciudad de Nazaret, de la que nada bueno podía salir, se decía –una pequeña aldea junto al mar de Galilea, en las tinieblas entonces como ahora.

2.2 - La lectura de la profecía que lo concernía

Jesús se levantó para leer las profecías evangélicas dadas por Dios. Habían sido escritas 500 años antes, y ahora se levantó para leer estas predicciones sobre él. Era un momento maravilloso en la historia del mundo. El cumplimiento de lo que él estaba a punto de leer iba a traer vida y bendición, gozo y paz a la gente de todo el mundo, y nosotros también somos receptores de las bendiciones que comenzaron a ser proclamadas ese día.

La forma en que el Señor hizo el anuncio fue sencilla. Sin embargo, había algo en él que le daba poder sobre su audiencia. Había viajado por Galilea con el poder del Espíritu, y se presentó ante ellos como alguien lleno del Espíritu, «en el poder del Espíritu Santo» (Lucas 4:14). Galilea y Judea ya habían sido testigos de sus obras y habían oído sus palabras sobre el poder del Espíritu. Ahora, en la sinagoga de Nazaret, lleno de ese mismo Espíritu, abrió el libro del profeta Isaías y leyó las Escrituras que se referían a él. El cumplimiento de la primera frase puede verse en el hecho de que el Espíritu del Señor estaba sobre él.

Creo que hay algo de profunda importancia práctica que debe captarse en este acontecimiento. Considérese que el Espíritu de Dios, la Palabra de Dios y la Persona del Cristo prometido se reúnen a la vez en este preciso momento.

El bendito Señor, de pie ante el público, tenía la Palabra escrita en la mano, y él mismo estaba lleno del Espíritu de Dios. Seguramente ningún poder en el mundo puede resistir tal coalición. El poder de Satanás nunca podrá oponerse al poder de Cristo y del Espíritu Santo, y así como su gran poder estaba activo para el mal entonces, también lo está ahora. Pero existe el mayor poder de Dios en la salvación que lleva a la gente de este mundo a la vida y a la bendición por medio de la Palabra del Evangelio.

No descuidemos las cosas vitales que quedan en la Iglesia de Dios. Hay muchas cosas que teníamos en los primeros días que ya no tenemos, pero tenemos las Escrituras, tenemos el Espíritu Santo, tenemos, bendito sea su nombre, al Señor Jesucristo. Feliz el cristiano que, en su servicio, se contenta con dejarse llevar por estas fuerzas. Están, si se me permite decirlo reverentemente, a disposición de todo creyente sincero en el Señor Jesucristo. Si usted fuese sumiso, el Espíritu de Dios le usará para la gloria de Cristo y para la bendición de sus compañeros cristianos. Es el mismo Espíritu que llenó a Cristo cuando habló aquel día en Nazaret.

2.3 - Cierre del libro

El Señor leyó la escritura y cerró el libro. Me gustaría que se tomara el tiempo de leer la profecía de Isaías y observara la sabiduría de nuestro Señor Jesucristo al cerrar el libro en el momento oportuno, igual que lo había abierto en el momento oportuno. Y si nos gusta ver cómo abrió el libro y con qué hermoso pasaje comenzó, también debe gustarnos ver cómo cerró el libro y no leyó las terribles palabras que siguen: «el día de venganza de nuestro Dios» (Is. 61:2).

Había llegado el año aceptable, el tiempo de la liberación y de la predicación del Evangelio a los pobres; los ciegos iban a recibir la vista; pero aún no había llegado el día de la venganza. Jesús cerró el libro, y aún no había llegado el día del juicio. El día de gracia, el día de gozo y paz comenzó con nuestro Señor Jesucristo aquí en la tierra en humillación. Porque él era un hombre que había venido a presentar el amor de Dios; pasaba día tras día, entrando y saliendo de las moradas, y con sus palabras de amor y de poder, con sus obras de curación y de misericordia, mostraba a los hombres el amor de Dios por este mundo. El Señor era la luz que brillaba en las tinieblas. ¿Puede usted imaginar por un momento cuán terrible sería la condición de este mundo si la revelación hecha por Cristo nos fuera retirada repentinamente?

Se volvería a la época anterior a la que el Señor leyera estas Escrituras, cuando todo estaba oscuro y sombrío. El mediodía se convertiría en medianoche. Ahora brilla la luz de la salvación plena, y sabemos que Dios está lleno de amor por la humanidad en la tierra y que se regocija cuando los hombres se arrepienten. Sabemos que en gracia infinita envía las palabras de vida eterna a todos los hombres de la tierra, atrayéndolos a nuestro Señor Jesucristo. Sabemos estas cosas por el Nuevo Testamento.

Este día de gracia comenzó aquí, en Nazaret. Comenzó entonces y ha continuado durante 2.000 años. Piense en la inmensa parte de la historia humana que eso supone. Retrocedamos 20 siglos antes de Cristo; Abraham acababa de salir de Mesopotamia. Casi todos los acontecimientos relatados en la historia del Antiguo Testamento tuvieron lugar durante este periodo; cuando llegamos al Nuevo Testamento, encontramos un relato de un espacio de tiempo mucho más corto. El número de acontecimientos relatados es relativamente pequeño y solo ocurrieron a lo largo de un período de unos 50 años. Entonces cesaron las comunicaciones inspiradas de Dios, pero desde aquel día hasta hoy, el poder invisible del Espíritu de Dios ha llevado a los hombres a Dios y a Cristo por medio de su Palabra. Ha habido poder, gran poder obrando en todas direcciones y guiando a los hombres en el gozo del

evangelio. Ojalá nos diéramos más cuenta del valor del día en que vivimos, de la libertad espiritual que tenemos, de las cosas preciosas que se nos han revelado como nuestras por gracia.

2.4 - Los límites del día de gracia

Pero este día de gracia tiene que terminar. No estamos en la eternidad, no hemos pasado a esa gloria majestuosa en la que no habrá cambios; en la historia de este mundo de aquí abajo, hay un acontecimiento aún mayor por cumplir. Hoy reina la gracia. Dios no reprende abiertamente el pecado. Hay las reprimendas silenciosas del Espíritu a través de la Palabra, pero no hay acontecimientos providenciales llamativos que muestren el disgusto específico de Dios con los malos caminos del hombre. ¿No ha dicho ya bastante? ¿No es su Palabra suficiente? Ciertamente, querido amigo. Dios ha dicho todo lo que había que decir para mostrar a los hombres de este mundo cuál es su voluntad y cómo se siente acerca de su conducta ante Él. Además, la misma Palabra declara que habrá un tiempo de juicio retributivo para los hombres en la tierra. Se acerca el tiempo en que el justo Gobernador de este universo vindicará sus derechos sobre el hombre rebelde de una manera rotunda.

Dios creó este mundo para que los hombres vivieran en él. Lo pobló con seres inteligentes. Fueron colocados en una determinada relación con él, a diferencia de las bestias que perecen. Los hombres debían gobernar el mundo, hacer la voluntad de Dios y rendirle cuentas. Se acerca el día en que Dios insistirá en que se respeten estos derechos, en que introducirá el orden, la justicia y la paz en nuestro mundo, en que este mundo y sus habitantes se moverán todos juntos en armonía y, por así decirlo, en una constitución unida, dando su gloria a Dios en lo alto. La tierra presentará entonces el insólito espectáculo de estar en perfecta armonía con los cielos de arriba. Tal día está llegando, Dios lo ha escrito en su Palabra, y él lo llevará a cabo.

3 - ¿En quién podemos confiar para gobernar?

¿Quién es competente para gobernar el mundo de esta manera? Los imperios van y vienen. Los grandes gobernantes se sientan en tronos, pero su reinado suele ser poco glorioso y nada eficaz. Pero hay un Hombre que responde a los pensamientos y al propósito de Dios para un gobierno perfecto. Hay un Hombre que se ha distin-

guido por encima de todos los demás en la tierra, un Hombre que ha demostrado plenamente su perfección. Él fue varón de dolores y supo lo que es la languidez. Él ha caminado en este mundo por el beneplácito de Dios; él ha sufrido en este mundo; probó todas las pruebas que este mundo puede acumular; él ha sufrido cada forma de sufrimiento que el hombre puede soportar; él mismo, en la cruz, llevó nuestros pecados en su propio cuerpo, y así probó el pleno juicio de Dios contra pecados que no eran suyos.

Assumiendo perfectamente vicisitudes sin parangón, este Hombre adquirió el derecho de reinar y gobernar en este mundo, y por eso el Hombre que abrió el libro en la sinagoga de Nazaret abrirá también el libro en el día venidero.

El Apocalipsis es singular, como todo el mundo sabe, –singular en el sentido de que está lleno de lo que era una palabra extraña en el Antiguo Testamento, y más extraña aún en el Nuevo, a saber, el juicio de Dios (Is. 28:21). Este juicio es variado en su forma, y se da a conocer en visiones. Dios es un Dios de amor y gracia infinitos, y el juicio es su último recurso. El Apocalipsis, el último libro de la Biblia, es el libro que revela los juicios venideros de Dios sobre este mundo nuestro. Es similar al libro de Daniel, que fue escrito especialmente para el pueblo de Israel y que concierne a las naciones gentiles. A Juan se le encomendó la tarea de escribir sobre las iglesias en particular y sobre los poderes políticos y religiosos de la tierra. Por eso nos interesa este libro del Apocalipsis. ¿Cuál es el motivo, se preguntarán?

La razón principal por la que este libro debería interesarnos no es para satisfacer una curiosidad natural sobre el futuro, sino porque nos muestra la gloria de Cristo como futuro gobernante de Dios en el mundo. Si usted ama al Señor, seguramente le gustará pensar que llegará el día en que se le reconocerán sus derechos, y en que él mismo será reconocido y adorado por todos los hombres. ¿No quiere que todos se postren a sus pies ahora? Sé que sí, y el libro del Apocalipsis muestra cómo, en el tiempo de Dios, todo estará sometido a su apacible autoridad.

4 - En el Apocalipsis

4.1 - La primera venida de Cristo para la Iglesia

Cabe señalar que la apertura del libro con los 7 sellos y las visiones que siguen se refieren a lo que sucederá en esta tierra cuando los miembros del Cuerpo de

Cristo ya no estén aquí. Los capítulos 2 y 3 del Apocalipsis se aplican, como se nos dice claramente (Apoc. 1:19; 4:1), a cosas que tienen lugar en el tiempo presente, mientras la Asamblea de Dios está en la tierra. Hay 7 iglesias en Asia a las que el Señor dirige sus cartas. Y en estas 7 iglesias hay una sucesión y decadencia general hasta la última, que está tan corrompida que el Señor la vomita de su boca. Este rechazo todavía no es efectivo. Su cumplimiento puede estar cerca, pero aún no ha tenido lugar, y por eso no hemos llegado todavía a los acontecimientos descritos en el capítulo 4 y siguientes.

Esperamos la venida del Señor Jesucristo, y el resultado de su venida será el arrebato de todos los que son suyos. Ellos serán llevados a la asociación celestial con él en la Casa del Padre, y usted los ve en el capítulo 4 bajo la figura de los 24 ancianos. Digo esto de paso para que podamos entender dónde comienza esta sección en la que se ve al Cordero rompiendo los sellos del libro o rollo del misterio.

El cumplimiento de las visiones comenzará a tener lugar en la tierra después del arrebato de la Iglesia de Cristo. Pero quisiera llamar especialmente la atención, no sobre los acontecimientos proféticos, sino sobre el sorprendente contraste entre las circunstancias del Apocalipsis y las del Evangelio según Lucas.

4.2 - El trono y el arco iris

En Lucas 4, el hombre Cristo Jesús enseña en la sinagoga de Nazaret, sin gloria exterior, sin ningún signo de dignidad, pompa y excelencia como los que el mundo conoce. Pero en las visiones apocalípticas, todo es completamente distinto. El apóstol Juan fue sacado del mundo. Se abre una puerta y fue llamado al cielo, y lo que ve es de naturaleza celestial. Ve a alguien en el trono, y ese trono no es el trono de la gracia, pues hay relámpagos y truenos y voces, todo tendente a mantener a los hombres en el lugar que les corresponde, lejos de ese trono. Tal carácter no es una invitación a acercarse. Cuando el Señor habló en Nazaret, todos los hombres se maravillaron de las palabras de gracia que salían de sus labios; eran dulces y llenas de gracia, eran atractivas y atraían el amor de los corazones de los hombres hacia Aquel que hablaba. Pero en el cielo habrá, como en el Sinaí, truenos y relámpagos y cosas aterradoras, y Aquel que estaba en el trono era glorioso cuando se le miraba, como una piedra de jaspé y sardio.

Juan vio el trono del juicio, pero incluso allí vio el símbolo de la promesa de Dios a su pueblo de antaño, el arco iris. Dios no ha olvidado su antigua promesa, y aunque

tenemos conocimiento inmediato de juicios devastadores en la tierra, Dios tarda en ejecutar plenamente esos juicios. Al principio son parciales, porque el arco iris está ahí como símbolo de la misericordia permanente de Dios (Gén 9:16).

4.3 - El rollo sellado

¿Qué vio después el profeta? En la mano derecha del que estaba sentado en el trono había un libro o rollo sellado con 7 sellos, con inscripciones por dentro y por fuera. Estaba lleno de una superabundancia de desgracias y lamentaciones. Piense en los muchos siglos llenos de pecado que han pasado desde los días de Adán, en la acumulación de los juicios de Dios, en la profundización de la culpa del hombre a lo largo de los siglos. ¿Cree usted que el hombre ha mejorado durante este día de gracia? ¿Ha cambiado el corazón del hombre? ¿Son los hombres de hoy más semejantes a Cristo que en sus días? ¿Hay hoy menos derramamiento de sangre, menos asesinatos, menos opresión que hace dos 1.000 años? La respuesta solo puede ser: “nada ha cambiado”. La culpa del hombre es hoy mayor que nunca, y el corazón del hombre está más endurecido. Nada puede purificar el corazón de los hombres. Deben nacer de nuevo.

En la visión, Juan vio ese libro con los 7 sellos, lleno de los juicios de Dios, retenidos tanto tiempo por la larga paciencia de Dios; ese libro estaba en la mano de Aquel que estaba sentado en el trono del gobierno del Creador.

4.4 - El León de Judá

La pregunta que surge ahora en los tribunales celestiales es: ¿quién es competente para ejecutar estos juicios aplazados? ¿Quién los desencadenará sobre esta tierra culpable? No debe haber ningún error, no deben ser enviados a la tierra demasiado pronto, debe haber una sabiduría infalible para llevar a cabo esta función, y ¿quién es competente para hacerlo? Juan, mientras observaba y escuchaba, se dio cuenta de que no había nadie competente para emprender esta aterradora tarea de romper los sellos y liberar los devastadores juicios de Dios sobre la humanidad. Ninguna criatura en el cielo, ninguna en la tierra, ninguna bajo la tierra, tal como podemos entenderlo, era capaz de asumir esta responsabilidad. Juan lloró mucho, pero uno de los ancianos se acercó y le dijo: «¡No llores! Mira, el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro» (Apoc. 5:5). Él, la raíz de David, es el único

que puede hacerlo. Es el único porque, siendo el Hijo del hombre, el Padre le dio la autoridad para ejecutar el juicio. El Padre no ejecutará el juicio, sino que «todo el juicio lo ha encomendado al Hijo; para que todos honren al Hijo de la misma manera que honran al Padre» (Juan 5:22-23, 27).

4.5 - El Cordero inmolado

A continuación, Juan buscó al León. Esperaba ver un ser poderoso, majestuoso y dominante, pero cuando miró vio al Cordero. Creo que este es un aspecto maravilloso de la imagen celestial. Todo el poder se otorga a Aquel que es completamente manso y humilde. Nadie descendió tan bajo como nuestro Señor Jesús y, por lo tanto, nadie era digno de ser exaltado como él. Él glorificó a Dios en lo más bajo de la tierra, y es él quien puede glorificar y glorificará a Dios en lo más alto. Del mismo modo, si le glorificamos en la hora de la prueba, le glorificaremos en el día que está por venir (2 Tes. 1:10).

Recordamos la sumisión del Señor cuando los reyes de la tierra se levantaron con su poder de persecución, y los gobernantes se reunieron contra el Cordero. Era entonces como una oveja muda ante los esquiladores. Aquel día todos estaban contra él. Lo golpearon y le escupieron. Pero él hizo la voluntad del que le había enviado y no abrió la boca. ¿Hubo alguna vez tanta mansedumbre como la suya?

El profeta ve al Señor en el cielo como un Cordero, y lo ve como un cordero inmolado. Fue en su muerte cuando descendió a las profundidades más bajas, y esa profunda humillación se registra en el cielo, pues se acerca el momento en que se manifestará su gloria. Así que es como un Cordero inmolado que él es visto en el cielo. Es el mismo Jesús, en Nazaret, en el Calvario, en el cielo –Jesucristo, el mismo ayer, hoy y siempre.

Nos gusta leer estas palabras. Nos gusta pensar en el Cordero de Dios en el cielo como el León de la tribu de Judá, la Raíz de David, todo el cielo proclamándolo digno de tomar el libro y abrir sus sellos. Usted y yo sabemos que, si él se propone abrirlo, no habrá error; lo hará bien.

A veces nos preguntamos por el misterio de los juicios de Dios. Hay personas a las que amamos que ya están bajo juicio (Juan 3:18). Nuestros corazones lloran por ellas, y oramos por ellas para que salgan de la esfera del juicio y entren en la gracia y la misericordia de Dios. Pero solo podemos orar por ellos, y dejar el resultado a Aquel que fue sacrificado.

4.6 - Las multitudes que adoran

El Cordero es el que tomó el libro de la mano derecha del que estaba sentado en el trono, y vale la pena observar el efecto de este acto en el cielo. Debe ser algo importante para conmover a las multitudes celestiales. Aquí en la tierra, podemos conmovernos por acontecimientos muy pequeños, pero en el cielo, en el lugar de gloria donde todo es perfecto, tiene que ser algo inmenso para despertar el interés de todos. Cuando el Cordero tomó el libro, todo el cielo comenzó a adorar. Piense en la vista de los millones de almas redimidas, aquellos que han probado su gracia, que han caminado y trabajado y esperado por él en este mundo, y que ahora son llevados a la plenitud de su amor en lo alto. Cuando ven honrado de este modo a Aquel que los amó y murió por ellos, no pueden menos de alabarlo y adorarlo. Están tan felices de que él haya vuelto a Casa con los suyos. Están tan felices de que él ocupe el primer lugar en el cielo, y de que nadie más sea considerado digno de asumir esa tarea.

El espíritu de adoración siempre da gran importancia a Cristo, y tiene un corazón lleno de Cristo. Dios se regocija desde el cielo al ver a hombres y mujeres tan enamorados de Cristo que se sienten obligados a adorarlo, y ¿qué mejor actividad que esa? Es la anticipación de lo que será nuestra principal ocupación en el cielo. Los ancianos, los ángeles y toda la creación se reunieron para adorar al Cordero.

Los 4 seres vivientes dijeron: Amén. Y los ancianos se postraron y adoraron. Todos se unieron en alabanza y adoración para decir que está a punto de llegar el día en que el Cordero derribará la opresión y enderezará todo lo torcido de este mundo.

Han pasado casi 20 siglos desde la cruz, desde la muerte de Jesús, desde que se ofreció aquel gran sacrificio. Millares de personas han sido lavadas en la sangre preciosa de Jesucristo, el Hijo de Dios, y han entrado en posesión de los privilegios de la gracia. Sin embargo, el pecado no ha desaparecido de este mundo; la muerte sigue aquí; el dolor abunda. ¿Y estos tristes hechos no son nada para Aquel que murió? Ciertamente están siempre ante el Cordero de Dios «que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29). Conocemos la ternura de su corazón, porque dice: «¡Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os daré descanso!» (Mat. 11:28). Él nos libera del pecado mediante su obra redentora y su palabra de perdón.

4.7 - El Cordero abre los sellos, pero no aparece en la tierra

El Cordero que quita el pecado con el sacrificio de sí mismo, también quitará el pecado con el poder de su fuerza irresistible. Tal vez se acerque la hora en que el Cordero abra los sellos y los juicios se sucedan, derramándose sobre la tierra como las plagas sobre el Egipto culpable. Son juicios providenciales, hambres, guerras, plagas y muerte. Caen sobre este mundo a medida que se abren los sellos, pero hay que señalar que estos juicios no serán ejercidos por el propio Cordero. Él abre los sellos y los juicios siguen. Son claramente el resultado de la ruptura de los sellos por el Cordero, pero él mismo no sale del cielo para ejecutarlos.

Tenemos que esperar hasta el capítulo 19 de este libro para verle aparecer en el cielo abierto, con una espada afilada de 2 filos saliendo de su boca; entonces viene en persona para suprimir la injusticia en este mundo. Pero cuando se abren los sellos, los juicios solo se infligen en la tierra por orden suya. Son tipos del juicio mayor que vendrá después. Pero dentro de los límites de las aflicciones del período de los sellos, vemos una marca de la misericordia permanente de nuestro Señor hacia este mundo, que no quiere que nadie perezca.

Durante estos días oscuros y nublados, mensajeros del «Evangelio del Reino» ([Mat. 24:14](#)) viajarán cerca y lejos, llamando a los hombres a arrepentirse rápidamente. Pero los corazones de los hombres en ese día seguirán sin arrepentirse. Seguirán negándose a confesar sus pecados, aunque la misericordia de Dios se presente ante ellos en amorosa súplica.

5 - El Alfa y la Omega

El carácter inmutable del Cordero es lo que quiero subrayar especialmente para terminar. No habrá ningún cambio en Cristo mismo, aunque su función pueda ser diferente. Él sigue siendo la misma persona bendita, ya sea testificando de la gracia en Nazaret o tratando con el juicio en el cielo. En todo lo que hace, no puede cambiar. Conocemos al Cordero, le amamos y esperamos su venida del cielo. Nos preocupamos por muchas cosas en la tierra, pero siempre está Aquel a quien podemos acudir con confianza. Podemos ser ignorantes en los detalles de la profecía, pero el cristiano no necesita conocer los detalles de la profecía para tener paz en su corazón.

Lo único en lo que basa su paz y gozo es que, ya sea en gracia o en juicio, la Persona en cuyas manos se pone el asunto es Aquella cuyas manos han sido traspasadas. Por eso tenemos plena confianza en él. Esto se aplica tanto a los asuntos nacionales como a los personales. Todos nuestros asuntos están en manos del Señor Jesucristo, y esa es la esencia de mi mensaje para usted en esta meditación. El Señor Jesucristo es nuestro Señor, es nuestro Salvador, en él hemos depositado nuestra confianza y en él debemos depositarla continuamente.

El Señor ha preparado nuestro camino. En la Cruz del Calvario, él llevó la carga de nuestros pecados en su cuerpo. Ahora él está dando forma a los asuntos cotidianos de nuestras vidas para el cumplimiento de su propio propósito de gracia, y en él está nuestro futuro. Nuestro futuro está *con* él, y esperamos su venida para realizar esa esperanza. Su venida significa que entonces estaremos donde él está, y una vez con él, nunca le dejaremos, porque «estaremos siempre con el Señor» (1 Tes. 4:17).

De la revista «The Bible Treasury» Vol. N° 11